

desconocidos: no debe sorprendernos que juzgara posible el vuelo de las brujas, cuando vivimos entre gentes para quienes la telegrafía todavía es un misterio, y en sus sencillos aparatos sólo ven el poder sobrenatural. Explotaron ciertas mujeres una industria infame, y no desdeñaban la calidad de brujas para introducirse en el hogar doméstico y emplear su villana superchería contra la inocencia ó el caudal de sus vecinos. En las causas formadas á las brujas siempre aparecieron hurtos y miserables tercerías contra la honestidad de inexpertas doncellas ó la fidelidad conyugal.

Ya hemos recordado las nocturnas reuniones de ciertos herejes para solaces infames; pero en España tuvieron otro fin dichas conferencias. Con el propósito de practicar su antiguo culto mosaico se congregaban los cristianos apóstatas, y un objeto político asoció muchas veces á los Moriscos ántes de las sublevaciones con que ensangrentaron pacíficas comarcas. Observando el vulgo estas misteriosas juntas, creyó ver en ellas una cosa extraordinaria; y bien pronto la imaginación se remontó á lo sobrenatural, forjando fantásticas creencias, que acogió la ignorancia sin vacilación, y acreditaban el relato de personas tímidas, cuando retrasadas por los campos en horas nocturnas observaron las hogueras indicando el punto donde aquellos hombres solían citarse. Las antorchas con que los iniciados alumbraban su camino, moviéndose en lontananza, eran tomadas por el vuelo de las brujas, y completaban la ilusión alaridos aterradores para intimidar á los curiosos y alejarlos de aquellos sitios. El aspecto que los bosques y montañas ofrecen por la noche, y sus lúgubres ecos repitiendo el grito acompasado de pájaros nocturnos, preocupan fácilmente una imaginación entregada á tristes pensamientos, disponiéndola para aceptar creencias sobrehumanas. ¡Cuántas veces nuestra fantasía suele crear seres ideales dibujados por el contorno de las nubes ó peñascos, que el crepúsculo deja ver confusamente!

La traslación aérea de las brujas y sus nocturnas reuniones con el diablo, deben explicarse como supercherías, ó perturbaciones fantásticas de mujeres completamente alucinadas. Padecen muchas gentes algunas extravagancias, que suelen ser consecuencia de una enfermedad moral, y cayendo en la desgracia de lamentable alucinamiento creen evidente su

maniática aprensión. Ni es precisa una locura completa para conceder objetiva realidad al idealismo en que vaga la imaginación extraviada sobre determinado intento. Esclavos de su fantasía, llegan ciertos ilusos á creer que los sentidos perciben seres inexistentes y realidades imaginarias. Semejante alucinación parcial puede hacerse contagiosa, llegando ciertos fenómenos á trastornar el sistema nervioso por la acción de causas físicas ó perturbaciones morales, que logran alterar el organismo humano. Una vez constituido el hombre en estado de tan deplorable idealismo, cree sin dificultad los sucesos más raros y extraordinarios en que suele figurar su misma persona como agente principal ó secundario. Aquellos ilusos que creyendo profesar el arte de la brujería, espontáneamente confesaron haber ejecutado sucesos sobrenaturales, si no eran víctimas de su alucinamiento, fueron impostores. Un docto académico del Instituto francés opina, que la alucinación puede hacerse epidémica (1), fundando esta hipótesis en la creencia de que así como algunas condiciones topográficas ó estacionales desarrollan epidemias, de igual modo ciertos errores y vanas creencias, extendiéndose entre gentes preocupadas, pueden originar un desconcierto moral fácil de comunicarse. Cuentos aterradores creídos por el vulgo preocuparon la imaginación de mujeres que solían asegurar visiones puramente imaginarias. Así hubo personas cuyo miedo les hizo ver el vuelo de las brujas y oír sus cantares en el silencio de pavorosa noche, produciendo estos relatos y lecturas excitaciones nerviosas, alucinamiento completo y hasta la locura en algunas ocasiones. Hubo gentes que creyeron realidad aquellos cuentos, como han existido inteligencias extraviadas por los libros de caballería, siendo para ellas indudable la existencia de los encantadores, enanos, gigantes y hechiceras, protagonistas de aquellas fábulas. También esta lectura contribuyó á la creencia en las brujas.

Diferentes autores de aquel tiempo combatieron semejante preocupación, creyendo que era una locura parcial producida por excitaciones cerebrales, ó el uso de ciertas pócimas

(1) Littré, que ha querido explicar los fenómenos del espiritismo por la alucinación del agente y de sus espectadores en que hace consistir aquéllos: esta es la hipótesis que llamó *espontánea*.

que ocasionaban los fenómenos del histerismo, y una demencia pasajera sobre determinado orden de ideas. Médicos hubo que defendieron la existencia de enfermedades infernales, añadiendo que *las alteraciones gástricas é hipocondriacas* podían producir raros efectos en imaginaciones preocupadas por una creencia absurda. Negaron la existencia de las brujas otros muchos escritores (1), y entre ellos Juan Wiero, que explicó los hechos naturalmente, y admitiendo las ilusiones diabólicas, dice que los enfermos de ellas eran víctimas del espíritu infernal, pero de ningún modo sus cómplices. Después de leído el libro de Job, no puede un católico negar la existencia de espíritus malignos, y sus efectos contra la salud y la moral; pero es indudable que sobre los hombres sólo tienen poder tentador cuando el Omnipotente quiere concedérselo para los altos é inexplicables fines de su divina Providencia. Es doctrina teológica que el poder del demonio sobre este mundo carece de fuerza por sí solo, y cuando le es permitido ejercerlo se reduce al *movimiento local*: acción que podrá desenvolverse de tres maneras, no sólo por *cambio de lugar*, sino por la *aglomeración* de agentes que desarrollen sobrenaturalmente la actividad de un sujeto, y por *ilusión*, transformando alguna de las condiciones necesarias para que se verifique la sensación, bien de parte del órgano sensitivo y del objeto, ó del medio que ambas cosas relaciona (2). Estas fueron las soluciones adoptadas por Wiero, que impugnaron muchos escritores protestantes empeñados en defender la existencia real y verdadera de las brujas, y su ciencia sobrenatural (3), porque hallaban consignado en los escritos de Lutero ciertas apariciones y obras del demonio creídas por dicho sectario. Melanchton defendió la astrología judiciaria, y Teodoro de Beza se lamentaba de que el parlamento de París no impusiera la pena de fuego contra las brujas y hechiceros. El jesuita

(1) Fr. Alfonso Spina, Ambrosio Vignato Lodi, Ulrico, Molitore, Panzimonio, Alciati, Martin de Arles, Reynaldo Scoto, y otros filósofos, teólogos y médicos.

(2) S. Agus. de *Trinitate*, lib. 3, c. 7, 8, 9.—*Id. De Divinat. Doem.*, capítulo 3, 5.

(3) Entre otros Tomás Eracto, Daniel Serment y Lamberto Daneo, médicos.

Federico Spe escribió con grande ilustración sobre las brujas, oponiéndose resueltamente á las vulgares supersticiones, y su erudita obra fué impugnada por los protestantes. El mismo Jacobo de Inglaterra compuso un libro defendiendo esta opinión, y fácilmente se comprende que otros escritores adularon al rey teólogo, adoptando sus creencias por extrañas que parecieran. Los protestantes han creído en las brujas y en sus maleficios, por medio de ungüentos, yerbas, polvos, y con su aliento, maldiciones y conjuros. No dudaron de sus viajes aéreos y conciliábulos presididos por el diablo, y contribuyeron poderosamente para extender creencias tan absurdas, llenando al vulgo de supersticiones lamentables. Es preciso conservar esta gloria poco envidiable al protestantismo, que así contribuyó al progreso de la verdadera ilustración.

La Iglesia, correspondiendo á su misión civilizadora, no podía consentir errores semejantes, que autorizaban frecuentes crímenes, y un perjudicial poder ejercido por seres muy perversos y sagaces sobre un pueblo aterrado. En defensa de la verdad, se hizo necesario perseguir á tantos impostores ó fanáticos, que fomentaban dichas supersticiones. No era posible tolerar que mujeres criminales engañaran á los pueblos, suponiéndose con la facultad de variar á su antojo los fenómenos de la naturaleza; es decir, un poder igual á Dios, pero no un poder en beneficio de sus prójimos, sino de las pasiones más abyectas. El Santo Oficio de la Inquisición era necesario contra semejantes imposturas.

No puede negarse que algunas mujeres llevaron su alucinamiento hasta el extremo de creer ellas mismas que eran brujas, preocupando su imaginación la vulgar creencia que las designaba como tales; y es bien notable que confesaron á sus jueces unos sucesos imaginarios en cuanto al poder sobrenatural que deseaban ejercer, pero verdaderos y reales, respecto á crímenes gravísimos. Las obras extraordinarias de las brujas no se justificaron, pero se hallaban probados graves delitos contra la fe y buenas costumbres, y aún cuando el Santo Oficio no creyó en el comercio de aquellas infelices con el espíritu infernal, hubo de castigar una profesión vituperable por la superchería y delitos ordinarios que pretextaba. Era preciso combatir una creencia falsa sobre el poder diabólico, un yerro que erige al demonio en divinidad y ordena

darle culto por el terror que inspira su malvada malicia. Indispensable fué destruir unas aberraciones que hacen al hombre esclavo miserable del espíritu infernal. Por cuyo motivo llegó á ser conveniente que los tribunales de la Inquisicion se ocuparan con estos procesos. En ellos procedieron con la mayor prudencia, conociendo que la brujería sólo existe en la preocupada imaginacion de gentes muy ignorantes; pero fué al mismo tiempo indispensable castigar los engaños de las supuestas brujas, su culto á Satanás, sacrificios y profanacion de las cosas santas, sin que por esto se las creyera con poder alguno sobrenatural. La Iglesia no reconoce ni confiesa directa ó indirectamente que hombre alguno tenga, sin permiso de Dios, la facultad de obrar prodigios; pero como se presentaron muchas gentes afectando este poder por medio de pactos diabólicos, juzgó conveniente entregarlas al Santo Oficio, y bien pronto acabaron los confeccionadores de filtros y hechizos, que explotaban la credulidad vulgar vendiendo á buen precio sus drogas, inútiles brebajes, cuando no eran mortífero veneno. Como practicaban ritos supersticiosos para obtener la proteccion diabólica, y al mismo tiempo eran causa de gravísimos desórdenes sociales, creyó la Inquisicion necesario castigarlos en el concepto de blasfemos, impíos, supersticiosos y corruptores de la moral cristiana, y les impuso penas muy severas, sin cuidarse de alterar el nombre de brujos con que eran conocidos, y conservándole en sus sentencias como término de designacion. Ya hemos dicho que estos criminales fueron condenados sin reconocerse en ellos poder alguno sobrenatural, sino como gentes que profesaban creencias contrarias á la santa fe católica, que con sus vicios y torpezas ocasionaban graves delitos, penados por las leyes seculares. Al condenar la Iglesia dichos excesos, no admitió hipótesis alguna sobre pactos entre el hombre y Satanás; pero condena severamente el pecado de intencion que muchos ilusos cometieron.

Antes de terminar este capítulo, daremos una breve noticia de los duendes, cuyas travesuras reproduce hoy el espiritismo con sus mesas giratorias y banquillos parlantes. El agente invisible, que obedeciendo los deseos del espiritista trastorna los muebles de la sala, toca el piano, apaga las bujías y vuelve á encenderlas, cambiando el brillo y colores de

la luz, ¿no es el antiguo duende, terror de las familias visitadas por tan molesto huésped? Séres juguetones frecuentemente, y malvados muchas veces, que se entretenían con travesuras ménos terribles que ridículas, y á veces se volvían buenos, serviciales y obedientes al mandato de su amo (1).

Sólo una imaginacion alucinada pudo crear la existencia de los duendes, que teológicamente no se explica. Es incompatible con la dignidad de los seres bienaventurados el ocuparse inquietando al hombre con burlas pueriles, y este ejercicio divertido no puede concederse á los espíritus malignos, porque sería un alivio de sus penas. Gentes inmorales fomentaban dicha preocupacion, y para satisfacer impunemente sus pasiones, producían ruidos extraños y otros efectos inventados por malvada sagacidad. Examinando las causas sobre duendes, bien pronto se descubre lo cierto, pues en ellas siempre aparecieron amores contrariados, y no pocas veces el estupro y adulterio. Los duendes fueron el recuerdo de aquellos dioses familiares y domésticos que reverenciaba el gentilismo, genios protectores de las casas y familias, representados en pequeñas estatuas, que llamaban *penates*, ó en figuras de perro llamadas *lares*, por su fidelidad para guardar el hogar doméstico. Los lares familiares se creyó que eran las almas de los antepa-

(1) Recuerda el P. Feijóo la siguiente leyenda, tomada de la crónica de Juan Trithemio, que disculpa en cierto modo la preocupacion vulgar, partiendo de un autor tan grave y tan reputado en Sajonia: «Hudequin se llamaba cierto duende, que fijó su residencia en la comarca de Hildesheim. Manifestábase algunas veces en forma corpórea, y aunque conservara su invisibilidad, hablaba alegremente con los paisanos, á quienes detenía con mucha frecuencia, porque era locuaz y decidor. La cocina del Obispo fué su ordinaria estancia, y en ella servía dócilmente lo que se le mandaba; mas en cierta ocasion mató á un criado por una disputa en que el jefe no quiso hacerle justicia. Cierta caballero necesitó ausentarse de la poblacion, y desconfiando de su mujer, encargó al duende que la vigilara. Hudequin garantizó la honra conyugal, y para cumplir su empeño, se situó en la escalera de la casa armado de un garrote, con que descargaba golpes furibundos sobre los galanes que acudían á las citas de la dama. Grandes fueron los trabajos del duende para guardar aquella frágil honra, pues cuando regresó el marido le pidió que no volviéra á darle semejante comision—*pues prefiero guardar todos los puercos de Sajonia, ántes que volverme á encargar de tu mujer.*»

sados, cuyas cenizas conservaban sus hijos respetuosamente dentro de las habitaciones. Esta tradicion desfigurada originó la creencia en los duendes, séres familiares que castigaban las acciones vituperables de la familia puesta bajo su tutela. El Santo Oficio únicamente podía extirpar tantas preocupaciones, persiguiéndolas bajo cualquiera forma en que se han venido presentando para engañar al vulgo, y precipitarle en errores contrarios á la fe y moral cristianas. Ya hemos dicho, y no cesaremos de repetir, que el catolicismo ha prestado en esto eminentes servicios á la humanidad y al verdadero progreso de la civilizacion.

Los médicos del siglo XVII explicaron naturalmente ciertos fenómenos, que venían pareciendo extraordinarios, y nuevos escritores pudieron impugnar dichas creencias, segun el adelanto de las ciencias físicas; pero el entendimiento humano parece sentenciado por los utopistas á permanecer en perpétuas tinieblas y aberraciones. Mesmer, profesor de medicina en Mesburgo, á mediados del siglo XVIII, volvió á reproducir la astrología judiciaria, é investigaciones anticuadas sobre la magia. Discutióse nuevamente la posibilidad del comercio de los espíritus y evocacion de los difuntos. La necromancia se puso nuévemente en moda, y los hombres ilustrados de nuestra época no desprecian la olvidada teurgia diabólica que el mesmerismo ha reproducido. Las gentes curiosas, atrevidas y de creencias débiles, que se dedican hoy al estudio, prácticas y observaciones del magnetismo y somnambulismo, no pueden razonablemente despreciar antiguas preocupaciones de igual género; y los pretendidos sabios que dan públicas sesiones para evocar á los espíritus, no tienen razon alguna con que desdeñar la creencia en las brujas. El arte se ha perfeccionado, pues el antiguo aquelarre es ya un espléndido salon adonde brilla el lujo en todo su buen gusto, bellisimas señoras han reemplazado á las repugnantes viejas, y en lugar del diablo, hácese comprender los signos con que comunican sus respuestas los filósofos de Grecia y Roma, grandes capitanes, monarcas y escritores, que para solaz de la tertulia dejan las mansiones eternas de la otra vida. Hoy el espiritismo ha mejorado la antigua brujería, despojándola de sus prácticas groseras; pero entre los atractivos de nuestra moderna sociedad, hoy más que antiguamente se

extravían las católicas creencias para despeñar al hombre en preocupaciones cuyo final resultado es, como en otros tiempos, la depravacion moral. Mas debiendo destinar los dos capítulos siguientes al espiritismo, terminamos este asunto preguntando: ¿Por qué la ilustracion de que blasona el siglo XIX no ha sabido preservarse contra la creencia del espiritismo?... ¿Acaso no ha pensado que es una reminiscencia de las ciencias teúrgicas y supersticiones de la antigüedad?